

CAPITULO XXIII.

LOS HIJOS DE FERNANDO EL MAGNO,

SANCHO, ALFONSO Y GARCÍA.

De 1065 á 1085.

Juicio de la distribucion de reinos que hizo Fernando I. de Castilla en sus tres hijos.—Guerra de Sancho de Castilla con sus primos Sancho de Aragon y Sancho de Navarra y su resultado.—Despoja Sancho de Castilla á sus dos hermanos Alfonso y García de los reinos de Leon y Galicia.—Aventuras de Alfonso VI. de Leon.—Su prision: toma el hábito religioso en Sahagun: se refugia á Toledo, y vive en amistad con el rey musulman.—Quita Sancho la ciudad de Toro á su hermana Elvira.—Sitia en Zamora á su hermana Urraca.—Muere Sancho en el cerco de Zamora.—Traicion de Bellido Dolfos.—El Cid.—Es proclamado Alfonso rey de Castilla, de Leon y de Galicia.—Juramento que le tomó el Cid en Burgos.—Alianza de Alfonso VI. con Al Mamun el de Toledo.—Toman juntos á Córdoba y Sevilla.—Piérdense otra vez estas dos ciudades.—Muerte de Al Mamun.—Resuelve Alfonso la conquista de Toledo.—Alianza con el de Sevilla.—Ofrece este su hija Zaida al monarca leonés y la acepta.—Rindese Toledo al rey de Castilla.—Capitulacion.—Entrada de Alfonso en Toledo.—Concilio.—Primer arzobispo de Toledo.—Convértese la mezquita mayor en basilica cristiana.—Cambio en la situacion de los dos pueblos cristiano y musulman.

El ejemplo vivo y reciente de lo funesta que habia sido la particion de reinos hecha por Sancho el Mayor de Navarra, ejemplo cuyas consecuencias fa-

tales habia experimentado en sí mismo su hijo Fernando, no sirvió á este de escarmiento, é incurrió, como hemos visto, en el propio error de su padre, rompiendo la unidad apenas establecida, y subdividiendo las dos coronas de Castilla y Leon, unidas momentáneamente en sus sienes, entre sus tres hijos Sancho, Alfonso y García, en los términos que en el anterior capítulo dejamos espresados. Creyó sin duda Fernando, y tal debió ser su propósito y buen deseo como aconteceria á su padre, dejar de aquella manera mas contentos á sus hijos, prevenir los efectos de la envidia y de la ambicion entre ellos, y acaso se persuadió tambien de que distribuido el reino en pequeños estados, cada soberano podria regir con mas facilidad el suyo ó sostenerle con mas energía contra los sarracenos ó dilatar cada cual con mas fuerza de accion sus respectivas fronteras. Si tal pensamiento tuvo, pudo mas en él el buen deseo que la leccion práctica de la esperiencia, y mostróse poco conocedor del corazon humano. Faltaba por otra parte todavía el conocimiento y fijacion de la sábica ley de la primogenitura para la sucesion al trono. Lo cierto es que la particion de reinos de Fernando encerraba, como vamos á ver, el gérmen de guerras tan mortíferas entre sus hijos como las que antes habia ocasionado la distribucion de su padre Sancho de Navarra.

Bien lo previeron algunos nobles leoneses, y entre ellos principalmente el prudente y experimentado

Arias Gonzalo, los cuales habian intentado persuadir al rey que revocase aquella division. No escuchó el monarca el consejo, y en conformidad á su determinacion el mismo día de su muerte fueron proclamados Sancho rey de Castilla, Alfonso de Leon, y García de Galicia y Portugal. Aunque descontento y quejoso Sancho, ya porque viese mas favorecido en la partija á su hermano Alfonso, ya porque como primogénito se creyera con derecho á toda la herencia de su padre, no hubo todavía rompimiento entre los hermanos, ni se turbó su aparente concordia en algun tiempo, acaso porque supo mantenerlos en respeto su madre doña Sancha, señora de gran juicio y prudencia: por lo menos estuvo reprimida su envidia y no se manifestó en abierta hostilidad hasta que murió la reina madre en 1067.

Mas no estuvo entretanto ocioso el genio turbulento y activo de Sancho. Llamóle su ambicion hácia otra parte, y esto contribuyó tambien á que dejara algun tiempo en paz á sus hermanos. Reinaban en aquel tiempo en Aragon y Navarra otros dos Sanchos, primo-hermanos del de Castilla; el de Aragon hijo de su tío don Ramiro, y el de Navarra hijo de su tío don García ⁽¹⁾: reinando de este modo simultáneamen-

(1) A su tiempo rectificaremos á Mariana, Romey, y otros historiadores, que difieren la muerte de Ramiro I. de Aragon hasta el año de 1067 y le hacen reinar al mismo tiempo que Sancho de Cas-

tilla, habiendo muerto aquel en 1063. Notaremos tambien entonces la grave equivocacion en que incurrió el juicioso y docto Zurita en este punto.

te tres Sanchos en Aragon, Navarra y Castilla; coincidencia que ha podido dar lugar á confusion y equivocaciones históricas, y sobre lo cual repetimos lo que acerca de la identidad de nombres dijimos en el primer volúmen de nuestra obra ⁽¹⁾. En tanto que el de Castilla encontraba ocasion para arrancar á sus hermanos la herencia de su padre, ensayóse en otra empresa, que fué la de querer privar á su primo el de Navarra de la parte que Fernando mismo le habia reconocido. Pero el navarro y el aragonés, conocedores sin duda del genio capcioso del de Castilla, habíanse confederado ya para impedir todo atentado que contra sus dominios intentase, y cuando aquel pasó el Ebro encontráronle los dos aliados en la llanura en que se fundó mas adelante la ciudad de Viana, llamada, dice un moderno historiador navarro ⁽²⁾, el *Campo de la verdad*, «porque de muy antiguo estaba destinado para los combates de los nobles en desafío, que creian encontrar la verdad y la razon en la fuerza ó en la destreza de las armas.» Dióse allí una batalla entre los tres Sanchos, en la cual el de Castilla quedó vencido, teniendo que escapar precipitadamente en un caballo desenjazzado, como en los campos de Tafalla habia acontecido treinta años antes á Ramiro de Aragon. Fuéle preciso al castellano repasar el Ebro, y regresar á sus estados, lo cual proporcio-

(1) Tomo I. pág. 376.

de Navarra, pág. 69.

(2) Yanguas, Hist. Compend.

nó al de Navarra el poder recuperar las plazas de la Rioja, perdidas por su padre y ganadas por Fernando á consecuencia de la victoria de este en Atapuerca ⁽¹⁾.

No pudo el rey de Castilla tomar satisfaccion y venganza de sus dos primos como hubiera deseado, porque la muerte de su madre (1067) vino á allanarle el único obstáculo que parecía haber estado comprimiendo los ímpetus de su ambicion y estorbádole atentar abiertamente contra la herencia que sus dos hermanos habian recibido de su padre comun. Vió, pues, llegado el caso de aspirar á lo que mas codiciaba y rota toda consideracion y miramiento, acometió primeramente á Alfonso, que era el que mas cerca tenia, y sin dar tiempo á que el leonés recibiese los auxilios que habia solicitado de sus primos los de Aragon y Navarra para contener al turbulento castellano ⁽²⁾, dióle un combate que el de Leon se vió en necesidad de aceptar en Plantaca ó Plantada (despues Llantada), á orillas del Pisuerga, en que pelearon los dos hermanos como dos encarnizados enemigos (1068). La victoria quedó por los castellanos, y Alfonso vencido tuvo que retirarse á Leon ⁽³⁾.

Fuese que Alfonso (el VI. de su nombre) contentára por entonces á Sancho cediéndole alguna parte

(1) Moret, Annal. de Nav. to Mariana) aquella bestia fiera y lib. 44. salvaje.»

(2) «Y perseguir (añade el cul-

(3) Annal, Complut. p. 343.

de las fronteras de su reino ó condescendiendo con alguna de sus exigencias, ó que Sancho, debilitado en los campos de Viana, no se considerára en aquella sazón bastante fuerte para internarse en los dominios leoneses teniendo enemigos á la espalda, no se vuelve á hablar de nueva lucha entre los dos hermanos hasta tres años mas adelante (1071), que reaparecen combatiendo otra vez en Golpejar á las márgenes del Carrion, aun mas sangrientamente que en Llantada. Hay quien dice haber concertado antes y convenídose en que aquel que venciese quedaria con el señorío de ambos reinos. La fortuna favoreció esta vez á los leoneses, y los castellanos volvieron la espalda dejando abandonadas sus tiendas. Condújose Alfonso con laudable aunque perniciosa generosidad, prohibiendo á sus soldados la persecucion de los enemigos, á fin de que no se vertiese mas sangre cristiana, y porque, si fué cierta la estipulacion que se supone, se creeria ya señor de Castilla. Perdióle aquella misma generosidad. Porque uno de los guerreros castellanos reanimó al monarca vencido diciéndole: «Aun es tiempo, señor, de recobrar lo perdido, porque los leoneses reposan confiados en nuestras tiendas; caigamos sobre ellos al despuntar el alba, y nuestro triunfo es seguro.» El caballero que así hablaba era Rodrigo Diaz, conocido y célebre despues bajo el nombre de el *Cid Campeador*, que ya entonces tenia entre los suyos fama de gran capitan, aunque es la primera vez que le hallamos

mencionado como tal en las antiguas historias ⁽¹⁾.

Aceptó Sancho el consejo de Rodrigo, y sin tener en cuenta, si no un compromiso pactado, por lo menos la noble conducta que con él había usado Alfonso, cayó con su ejército al rayar la aurora sobre los descuidados y dormidos leoneses, de los cuales muchos sin despertar fueron degollados, los demás huyeron despavoridos, y Alfonso buscó un asilo en la iglesia de Santa María de Carrion, que cuyo sagrado recinto fué arrancado y conducido desde allí al castillo de Burgos (julio de 1071). Pasó Sancho con su ejército victorioso á la capital del reino leonés, de la cual se posesionó ya fácilmente. Amaba con predilección doña Urraca á su hermano don Alfonso, y á instigación y por consejo suyo rogó el conde Pedro Ansures á don Sancho sacase de la prision á su hermano, á lo cual accedió el de Castilla á condición y bajo la promesa de que Alfonso tomaria el hábito monacal en el monasterio de Sahagun. Resignóse el destronado monarca á cubrir con la cogulla aquella cabeza que acababa de llevar una corona, él y sus favorecedores con la esperanza de que el tiempo trocaria las cosas y el variable viento de la fortuna daria otro rumbo á su suerte. Asi sucedió. Por arte y maña de los mismos que habian negociado su entrada en el claustro no tardó Alfonso en salir de él á favor de un disfraz, y

(1) Lucas de Tuy, p. 97 y 90.—El arzobispo don Rodrigo, I. VI, c. 16.

tomando el camino de Toledo acogióse al amparo del rey Al Mamun, que no solo le recibió con benevolencia, sino que le trató como á un hijo, segun la expresion del arzobispo cronista. Dióle el rey musulman morada cerca de su mismo palacio, proporcionábale todo lo que podia hacerle amena y agradable la vida, y hasta le señaló una casa de recreo fuera de muros donde pudiese vivir apartado del tumulto de la ciudad, y entretenido con sus cristianos.

Acompañábanle á tres nobles hermanos, Pedro, Gonzalo y Fernando Ansures, servidores fieles suyos y de su hermana Urraca, que con tierna solicitud le habia procurado esta buena compañía. Con estos y otros cristianos no menos leales vivia Alfonso en su deliciosa alquería, en la mas estrecha amistad con el monarca sarraceno. Un dia habiendo salido Alfonso á caza por aquellos bosques, llegó hasta un sitio llamado Brivea, hoy Brihuega, fortaleza entonces de poca importancia, pero cuya situacion agradó mucho al desterrado castellano. Pidiósele á Al Mamun, y este se la concedió sin dificultad. Allí estableció Alfonso una especie de colonia de cristianos sometidos á su autoridad. Asi pasó el destronado rey de Leon cerca de un año, ya auxiliando con sus cristianos al rey de Toledo en sus guerras con otros musulmanes, ya entreniendo los períodos de paz en ejercicios de montería, á que se prestaba grandemente aquel sitio.

Cuenta el arzobispo don Rodrigo, que habiendo

bajado un día Al Mamun al jardín del castillo de Brihuega á solazarse un rato, y habiéndose puesto á conferenciar con los árabes de su córte sentados en círculo, sobre el medio como se podría tomar una plaza tan fuerte como la de Toledo, Alfonso se habia recostado al pie de un árbol, y aparecía profundamente dormido: creyéndolo así los árabes, continuaron departiendo entre sí en alta voz y con toda confianza. Preguntóles Al Mamun si creían posible que una ciudad como aquella pudiera nunca ser conquistada por los cristianos. «Solo habria un medio, contestó uno de los interlocutores, que seria talar por espacio de siete años sus campiñas, de suerte que llegáran á faltar absolutamente los víveres.» No fué perdida la respuesta, dice el historiador cristiano, para Alfonso que no dormía, y guardada la tuvo en su memoria; como queriendo atribuir á esta revelacion la conquista que años adelante hizo de Toledo este mismo Alfonso. Nosotros, concediendo el hecho, creemos que Alfonso no necesitaba de estas revelaciones, teniendo como tuvo tiempo sobrado para conocer la ciudad y calcular todos los medios que pudieran facilitarle su grande empresa, si por caso pensó en ella entonces ⁽¹⁾.

Mientras esto pasaba en Toledo, Sancho, ufano

(1) La estancia de Alfonso en Toledo, se ha exornado con anécdotas y cuentos inverosímiles, como aquello de haberle echado plomo derretido en una mano para probar si estaba realmente dormido, de que diz le quedó el sobrenombre de *el de la mano ho-*

con la victoria, y no satisfecho con el reino de Leon, habia continuado su marcha á Galicia, resuelto á deponer tambien de aquel reino á García, su hermano menor. García tenia exasperados los pueblos con immoderados tributos, y disgustados á los principales gallegos con el ascendiente que dispensaba á uno de sus sirvientes ó domésticos llamado Vernula, á cuyas delaciones daba siempre oídos con una credulidad ciega. Muchas veces los nobles que habian sido el blanco de sus calumnias habian rogado al príncipe que alejase de sí tan indigno favorito. El rey se habia empeñado en sostenerle, y haciéndose ya insoportables á los grandes las vejaciones que les causaba, asesinaron un día al delator á la presencia y casi en los brazos mismos del rey. La cólera de García no reconoció límites ni freno desde entonces, y degeneró en una especie de demencia ó de manía de persecucion contra todos sus súbditos de cualquiera edad ó sexo que fuesen. Así cuando se presentó Sancho en Galicia, fuéle fácil la sumision de los gallegos, harto indignados ya contra la loca dominacion de su hermano. Solos trescientos soldados seguian á García, con los cuales, conociendo la imposibilidad de resistir á la hueste castellana, acudió en demanda de auxilio á los sarracenos de Portugal, ofreciéndoles que si le ayuda-

radada; lo de habersele encrespado el cabello en términos de no podersele allanar, y otras puerilidades absurdas que el buen sentido nos dispensa de refutar seriamente.

ban á hacer la guerra les daría en vasallage no solo su reino, sino tambien el de su hermano. Contestáronle los musulmanes con palabras de alto desprecio. «¿Con que no has podido, le dijeron, defender tu estado siendo rey, y ahora que le has perdido nos ofreces dos reinos?» Tuvo no obstante el desairado y desatentado García la temeridad de seguir recorriendo el país con su pequeña cohorte, hasta que llegando á la campiña de Santa en ⁽¹⁾, encontróse con su hermano Sancho, donde vinieron á las manos. Acuchillada y desecha la gente de García y él prisionero, quedó Sancho dueño y señor de todo el reino de Galicia (4071). Fué el prisionero destinado al castillo de Luna, de donde luego le soltó Sancho sobre homenaje que le hizo de ser siempre vasallo suyo, y refugióse á Sevilla ⁽²⁾.

Parece que debería haber quedado satisfecha la ambicion de Sancho con verse señor de los tres reinos de Castilla, Leon y Galicia. Mas como su codicia fuese insaciable, tan pronto como regresó á Leon, volvió sus ojos hácia los pequeños dominios independientes de sus dos hermanas Urraca y Elvira; y só pretexto de que se interesaban demasiado en favor de Alfonso, llevó contra ellas un ejército considerable. Elvira no

(1) Las palabras del arzobispo don Rodrigo nos descubren la etimología de Santaren. *In loco qui Santa-Hirenea dicitur.* manuscrita del Escorial que cita Berganza.—Chron. Compost. é Iriense, publicados por Florez, Esp. Sagr., tom. 20 y 23.

(2) Fragmento de una crónica

le opuso resistencia en Toro. Pero Urraca, contando con el pueblo de Zamora y con la lealtad de algunos nobles caballeros, entre ellos el prudente y valeroso Arias Gonzalo, á quien encomendó la defensa de la ciudad, se dispuso á soportar con ánimo varonil todos los azares y rigores del sitio. Estrechóle Sancho cuanto pudo; los ataques y los asaltos se renovaban cada dia con mas ímpetu y coraje, mas todos se estrellaban en el valor y decision de los valientes zamoranos, acaudillados por el brioso y entendido Arias Gonzalo. Ya los sitiados iban sintiendo algunos efectos de tan prolongado sitio, cuando salió de la ciudad un hombre llamado Bellido Dolfos, que dirigiéndose á don Sancho, y fingiendo acaso quererle informar del estado de la plaza, logró que el rey, dando entera fé á sus palabras, saliese solo con él á reconocer el muro, con cuya ocasion, cogiendo á Sancho desprevenido, le atravesó á traicion con su lanza, y corrió á refugiarse á la ciudad. Rodrigo Diaz, el Cid, que hacia parte del ejército de Sancho, sabedor de la accion de Bellido, lanzóse como un rayo en persecucion del traidor, á quien se abrió una de las puertas á punto que faltaba ya poco para alcanzarle la lanza de aquel insigne guerrero: lo que hizo sospechar á los castellanos que Bellido contaba en la ciudad con participantes y favorecedores de la traicion ⁽¹⁾.

(1) Luc. Tud. Chron. p. 98 y Bourg. p. 309.—Annal. Compost., sig.—Chron. Lusit. p. 405.—Id. p. 349.—Id. Tolet. era MCX.—La

Con la muerte de Sancho difundióse en el campo la consternacion. Los leoneses y gallegos, como que servian de mala voluntad en sus banderas, abandonáronlas incontinenti y se desbandaron. Los castellanos, como mas obligados, permanecieron firmes en su puesto, y colocando despues en un féretro el cadáver del rey, le trasportaron con lúgubre aparato al monasterio de Oña, donde le dieron sepultura y le hicieron las correspondientes exequias. Algunos añaden que los de Zamora salieron de la ciudad en persecucion de los fugitivos, y que los castellanos, correspondiendo á su fidelidad proverbial, se fueron defendiendo vigorosamente en la retirada, siendo celosos guardadores de los inanimados restos de su señor hasta depositarlos en la tumba.

Acaeció la muerte de Sancho II. de Castilla el 6 de octubre de 1072. Su muger, la reina Alberta, no le dió sucesion. Habia reinado seis años, nueve meses y diez dias en Castilla: en Leon un año, dos meses y veinte y dos dias, contando desde la batalla de Golpejar. Mereció por su valor el dictado de Sancho el Fuerte. Era de arrogante y bella apostura y en el epitafio de Oña se le compara en la figura y belleza á *Paris*, en la bravura bélica á *Héctor* ⁽²⁾.

embajada del Cid con quince caballeros á la infanta doña Urraca, y el desafio de Diego Ordoñez de Lara, con los tres hijos de Arias Gonzalo, con que Mariana y otros autores han amenizado el célebre

cercos de Zamora, no tienen fundamento en ninguna crónica antigua, y deben ser contados en el número de los romances.

(2) *Sanctius forma PARIS et ferrox HECTOR in armis.*

Reunidos los castellanos en Burgos, sin rey y sin persona de familia real en quien pudiese recaer el cetro, acordaron de comun consentimiento elegir por su rey y señor á Alfonso, á condicion solamente de que hubiera de jurar no haber tenido participacion alguna en la muerte alevosa de Sancho. Tomada la resolucion despacharon legados á Toledo, que informasen secretamente al rey Alfonso de su eleccion. Por su parte doña Urraca, de acuerdo con la nobleza de Leon y Zamora, envió tambien secretos nuncios, recomendándoles mucho que procuráran no llegase la nueva á oídos del rey Al Mamun, temerosa de que tal vez retuviera á Alfonso, ó le impusiera condiciones humillantes á trueque de la libertad que le diera. Con corta diferencia de tiempo llegaron los mensajeros de Zamora y de Burgos. Encontráronse unos y otros antes de entrar en Toledo con el conde Pedro Ansures (Peranzules), que todos los dias acostumbraba á pasear á caballo fuera de la ciudad, al parecer por via de distraccion y de recreo, y en realidad por si tropezaba con quien le llevase noticias de su patria. Comunicó el conde la alegre nueva al rey Alfonso, y conferenciaron los dos sobre si convendria ó no informar á Al Mamun de lo que pasaba, recelando peligros de hacerle la revelacion, y temiéndolos no menos de guardar el secreto si por acaso lo sabía por otro conducto el musulman.

En tal perplexidad exclamó de repente Alfonso:

«No, no debo ocultar nada á quien tan generosa y noblemente se ha portado conmigo; tratándome como á su hijo.» Y presentándose con la franqueza propia de un noble castellano, informó por sí mismo al musulman de cuanto acababan de noticiarle los enviados de su hermana y de los castellanos. Todo lo sabia ya Al Mamun; y correspondiendo á la confianza de su ilustre huésped, y llevando hasta el fin la generosidad con que desde el principio le habia tratado: «¡Gracias doy á Dios, exclamó lleno de alegría, que te ha inspirado tal pensamiento! El ha querido librarme á mí de cometer una infamia, y á tí de un peligro cierto: si hubieras intentado fugarte de aqui sin mi conocimiento y voluntad, no hubieras podido salvarte de la prision ó la muerte, porque ya habia hecho vigilar todas las salidas de la ciudad, con orden á mis guardias de que aseguraran tu persona. Ahora vé, y toma posesion de tu reino; y si algo necesitas, oro, plata, caballos, armas, ú otros recursos, de todo te podrás servir, pues todo te será inmediatamente facilitado.» Rasgo digno de todo encarecimiento, y cuyo relato nos pareciera apasionada exageracion si nos le hubiesen trasmitido escritores árabes, y no historiadores cristianos nada sospechosos de parcialidad en favor de aquellos infieles (1).

Semejante conducta afianzó y estrechó mas y mas

(1) Róder. Tolet. de Reb. in Hisp. Gest.—Luc. Tud. Chron. ubi sup.

las amistosas relaciones entre Alfonso y Al Mamun. Pidióle este al de Castilla que renovase el juramento de respetar su reino, y de ayudarle en caso necesario contra los árabes sus vecinos; igual juramento le demandó para su hijo mayor. Hizolo así Alfonso, obligándose para con él en los propios términos Al Mamun y su hijo. Otro hijo menor del de Toledo no fué comprendido en este compromiso, sin que sepamos la razon de ello; pero cuya circunstancia conviene no olvidar para lo de adelante. Con esto se dispuso Alfonso á tomar el camino de Zamora. Colmóle Al Mamun de obsequios y presentes, y con solemne y régia pompa le acompañó hasta la altura de una colina, donde se hicieron el cristiano y el musulman una tierna despedida: prosiguió el primero con sus caballeros castellanos hasta Zamora, donde ya su cuidadosa hermana lo tenia todo aparejado y dispuesto para su proclamacion. Desde allí partiéronse á Burgos á recibir el juramento de los castellanos. Ya hemos dicho el que estos por su parte habian acordado exigir al rey para prestarle su reconocimiento. Dura en verdad era la condicion, y no poco violento para un rey haber de humillarse á prestar un juramento de su inocencia é inculpabilidad en la muerte de su hermano. Así es que no habia caballero que osára exigirle, y un silencio mudo é imponente reinaba en la iglesia de Santa Gadea. Hubo uno al fin que se atrevió á pedirle, y levantando su robusta voz,